

Lindas huellas negras del Carnaval de Barranquilla

**El mapalé y el congo provienen de ancestros africanos. Entre azotes y miseria mantuvieron su legado. En el carnaval de Barranquilla se puede apreciar el esplendor y la estética de sus manifestaciones culturales.*



Por
WILHELM GARAVITO MALDONADO*
Fotos
CARLOS CAPELLA

Durante los tiempos de angustia y esclavitud en el Caribe, cuando los tambores y los peinados que llevaban las mujeres negras servían para marcar el ritmo y la ruta de la liberación, comenzaron a gestarse expresiones culturales afrodescendientes que hoy tienen su máximo punto de encuentro en el Carnaval de Barranquilla.

Cualquier lugareño o foráneo interesado en la fiesta currambe-

ra ha escuchado términos como congo y mapalé, que más allá de diferenciarse en musicalización, vestuarios o movimientos, comparten códigos de origen, pues alguna vez, los ancestros que las hicieron nacer bajo la crueldad de la Colonia, las tuvieron como la única alternativa para tornarse visibles y entender que pese a las corrientes de azotes, se mantenían con vida.

El presente es una conjugación eterna que jamás se desprende de la historia y siempre influencia más allá de los horizontes cercanos. Por esta razón, es fascinante conocer más a fondo la

proveniencia de lo que hoy se baila, se vive y se goza.

El mapalé, un baile que comenzó siendo de negros y ya es de todos, tiene una historia que aquí se cuenta. También el Congo, que se convirtió en el máximo emblema de la fiesta currambe-

MÁS QUE UN PEZ AFRICANO

La tradición oral y los documentos entregan varias explicaciones acerca de los orígenes del mapalé, ese baile lleno de vigor y resistencia, en el que parece prohibido mantener quieto un músculo.

**Wilhelm Garavito es Comunicador social-periodista de la Universidad Autónoma del Caribe. Ha trabajado en diversos medios del Caribe colombiano: El Heraldo, Diario del Norte y Al Día. Ha sido colaborador de la revista Sobo, entre otras publicaciones. Actualmente se desempeña como reportero de la Casa Editorial El Tiempo. El presente trabajo fue publicado originalmente en www.diarioadn.co, y cedido especialmente por su autor para nuestra edición antológica.*



Los bailarines de mapalé impactan en cualquier escenario. Constituyen ya un patrimonio de los carnavales de Barranquilla.

“Mapalé es el nombre que se le dio a un pez de mar, que al ser sacado del agua hace unos movimientos fuertes buscando sobrevivir. Muchas coreografías se hacen basadas en este animal”, explica Angélica Herrera, maestra de danza que lleva más de tres décadas transmitiendo los secretos del baile en Colombia y el mundo.

Otra opinión tiene Abraham Cáceres, filólogo, sociólogo y folclorista. “La palabra mapalé es de origen africano y con esta se define el acto sexual. Al ver el pez moviéndose, los ancestros comenzaron a decir que parecía que estuviera haciendo mapalé. A ese mismo pez aquí lo identificamos como Chivo cabezón”.

Los esclavos transportados desde África hasta América, usualmente no habían nacido en un mismo lugar, por lo cual hablaban lenguas distintas, diferían en creencias religiosas y manifestaciones artísticas.

“En tales circunstancias, el negro esclavizado debió reaccionar instintivamente ante el terror, el dolor, la flagelación y la prisión, pero también encontrar respuestas creadoras que le permitieran preservar su propia cultura”, manifestó el célebre y fallecido escritor Manuel Zapata Olivella.

La barbarie del yugo español en Cartagena y otros lugares obligaba a reuniones clandestinas. Desde el siglo XV, cuando llegaron los primeros embarques de

esclavos, hubo dos maneras de definir a los mencionados.

“Los que se escapaban de minas, haciendas, casas de amos, en fin, eran llamados negros cimarrones, porque habían sido sometidos. Mientras los que se escapaban en el momento del desembarco eran los bozales”, expresa el historiador y docente Martín Orozco.

Un pequeño pero denso espacio de selva, o un costado de playa, podía ser paraíso temporal para los nuevos habitantes, pertenecientes en su mayoría a la familia africana Bantú, oriundos del territorio que actualmente comprenden países como Camerún, Gabón, Angola y República Democrática del Congo.

Su condición de individuos sin derechos era más fuerte que aquella voluntad capaz de forjar fenómenos. Tocar palmas y cantar versos espontáneos era una proeza mientras se recibía el fuerte abrazo de la injusticia.

Así, arrastrando la esperanza, llevando sobre alma y espalda cataratas de golpes, ríos de insultos y mares de burlas, la población negra de lo que en esta era se identifica como Caribe colombiano, fue ganando un terreno hacia lo que fue su escapatoria.

Cuando pasaban los instantes del siglo XVII, la corona española mantenía su proceso de ‘humanización’ con indígenas y negros, transmitiendo enseñanzas católicas en busca de homogenizar el pensamiento de las poblaciones.

En el nuevo punto de la historia había autorización para que los negros fueran más parte que arte dentro de las fiestas religiosas. “El 2 de febrero se celebraba la

Virgen de la Candelaria en Cartagena y se reglamentó la Tarde de Libertos, espacio en el que los esclavos podían salir a la calle con su música y sus costumbres, pero tenían una hora en la que ya debían volver a sus sitios de reclusión”, manifiesta Abraham Cáceres.

El mismo investigador argumenta que el baile conocido como mapalé tuvo su génesis a partir de los años 1600 entre las murallas y los vientos de Cartagena.

A lo anterior se suma una observación tradicional, como aquella que señala que los saltos y otros movimientos del mapalé, fueron influenciados por los latigazos que los esclavistas hacían sonar sobre el suelo para acelerar el movimiento de sus subordinados.

LIBERTAD Y VIAJE DE COSTUMBRES

El camino hacia una tierra prometida fue trazado por la convic-

ción libertaria de Benkos Biohó, hombre que figura como fundador del Palenque de San Basilio (o San Basilio de Palenque) en 1603.

Hechos dignos de ser trasladados al cine y a la literatura se materializaron en aquellos días. “La oralidad fue vital, al igual que la música para liberar a mucha gente. En el peinado de una mujer podía mostrarse la ruta que llevaba hacia Palenque. También tres golpes a un tambor o a una mesa podían ser la indicación de que era el momento preciso para emprender la huida”, dice Angélica Herrera, quien ha expuesto el pasado de su etnia en Francia y Suecia, entre otros territorios.

Ya en Palenque, que debe su nombre a las empalizadas que lo rodeaban y sostenían antorchas, el mapalé y otras expresiones dancísticas aumentaron su solidez, preservando su esencia entre generaciones.

En el transcurso del siglo XX, con un pueblo afrocolombiano que seguía la lucha contra la segregación, el mapalé irrumpió en el Carnaval de Barranquilla y ratificó que es infinita la fuerza creadora de quienes lo edificaron y lo sostuvieron.

“Todo comenzó cuando Nelly Cáceres, mi hermana, vino de Cartagena en 1967 y por primera vez bailó mapalé en Barranquilla. Se creó entonces el grupo Estampas Negras de Palenque y comenzamos a ser parte de las fiestas, aunque en los desfiles nos dejaban de últimos, hasta que fuimos ganando relevancia”, recuerda Jairo Cáceres, quien fue Rey Momo durante el año 2011.



El congo, que de turbante a canto libera elementos raizales traídos de suelo africano, se fecundó hace más de un siglo con el ambiente espontáneo y lírico del Carnaval de Barranquilla, certamen en el que llegó a ser el máximo emblema, al punto de que los artistas más destacados son galardonados con una estatuilla dorada que lleva el nombre del tradicional disfraz



La aparición se convirtió en permanencia y llegó a ser huella indeleble en la fiesta de Curramba. En la Batalla de flores figuran múltiples agrupaciones de mapalé.

Más que una forma de bailar, mapalé es una fortaleza de ángeles negros, que expresa un pasado que no se olvida y revela un entusiasmo por la claridad que se anhela para el futuro. Es un motor natural capaz de confirmar, que la real belleza consiste en captar lo que dicen las almas a través de las formas.

LA LLEGADA DEL CONGO

El congo, que de turbante a canto libera elementos raizales traídos de suelo africano, se fecundó hace más de un siglo con el ambiente espontáneo y lírico del Carnaval de Barranquilla, certamen en el que llegó a ser el máximo emblema, al punto de que los artistas más destacados son galardonados con una estatuilla dorada que lleva el nombre del tradicional disfraz.

Que la Danza El Torito, compuesta en su mayoría por congos, al-

guna vez tuviera como presidente honorario al caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, y que después de más de 100 años cuente con un museo en las entrañas del barrio Rebolo, al sur de la capital del Atlántico, son vivos indicadores de que más que una expresión cultural, es una creación terrenal con exquisitez legendaria.

“Congo es un término que viene de África y significa negro, pero la gente de Palenque dice que congo es la persona que sobresale por su grandeza, por su sa-



Alfonso Fontalvo recibe visitantes de muchas partes del mundo en el museo que se encuentra en Rebolo.

ber. El origen de las danzas de congo se remonta a la Cartagena colonial, hasta es posible que se tenga que mirar hacia Santa Marta y Riohacha”, manifiesta el historiador Martín Orozco, quien escribió junto a Rafael Soto el libro: Danza ‘El Torito’: ritual de tradición y magia.

EN EL CARNAVAL

No existe un dato, mucho menos un indicio acerca de quién trasladó el disfraz de congo desde Cartagena hasta Barranquilla, pero hay fechas concretas acerca de las danzas que lo posicionaron en lo más alto de la fiesta.

‘El Congo Grande’ surgió en una casa de la carrera 25 con calle 34 (barrio Montes) en noviembre de 1874 con el liderazgo de Joaquín Brachi, un barranquillero de ascendencia italiana.

Por su parte, El Torito comenzó a escribir su historia durante una tarde del 20 de enero, hace 135 años. Era la fecha en la que tra-

dicionalmente se cumplía la Lectura del Bando.

La inspiración de la danza que vio la luz en el barrio Rebolo, llegó después de que su director, Elías Fontalvo, fuera rechazado en otros grupos. “Existían danzas de congos y otros disfraces en las que no dejaban participar a mujeres ni a menores de edad. Eso era así porque cuando las danzas se encontraban en la calle se enfrentaban a palo y piedra. Mucha gente salía herida”, recuerda Alfonso Fontalvo, bisnieto del fundador y actual referente de El Torito.

En aquellos tiempos violentos los elementos del disfraz no solían quedarse en lo simbólico. El acto de pintarse la cara podía señalar el inicio de lo que más tarde sería una batalla campal. También debía ser alto y muy consistente el turbante, pues este debía servir para atemorizar al contendor.

“Lo típico de los congos es llevar una garrocha. Convencional-

mente es una danza guerrera y el colorido se da a partir del contexto del Carnaval, de que es una danza divertida”, afirma Martín Orozco.

El historiador de la Universidad del Atlántico también ha asegurado: “Se observa que algunos integrantes de las danzas llevan un muñeco, o cualquier otro objeto, o vejiga de cerdo como tótem protector. Este hecho forma parte de una costumbre ancestral de las tribus congoleñas en sus danzas rituales”.

Transcurrieron varias décadas, miles de bailes carnestoléndicos, Colombia pasó por democracias, dictaduras y rebeliones, pero la violencia entre danzas persistía, pese a que ya no se precisaba en los recuerdos colectivos el momento o el lugar de la primera ofensa.

“Las peleas se acabaron cuando me hice cargo de la danza. Entendí que eso debía terminar y el doctor Alfredo De la Espriella (historiador barranquillero fundador del Museo Romántico) me ayudó mucho. Notamos que debíamos educar a la gente, que en la fiesta no podía haber desgracias. Eso ya cambió, ahora todos nos abrazamos y hasta compartimos el ron”, dice complacido Alfonso Fontalvo, quien está al mando de El Torito desde 1970.

RITMO Y CANTO

El baile de cualquier danza de congos puede interpretarse como la dramatización, no necesariamente cronológica de lo vivido por los esclavos negros en América.



Que la Danza El Torito, compuesta en su mayoría por congos, alguna vez tuviera como presidente honorario al caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán, y que después de más de 100 años cuente con un museo en las entrañas del barrio Rebolo, al sur de la capital del Atlántico, son vivos indicadores de que más que una expresión cultural, es una creación terrenal con exquisitez legendaria





El color y la alegría predominan entre los congos carnavaleros. El torito constituye una expresión cultural auténtica.

Los pasos son marcados por un tambor y una guacharaca. Una voz enérgica impone versos improvisados y es acompañada por un güiro (coro).

Con la aparición de las luces creativas surgen chistes, historias de amor, lamentos, o cualquier otro matiz que pueda recrear la cotidianidad, por ejemplo:

*“Me fui atrás del cementerio, y lloraba como un loco (bis)
La muerte llegó me dijo (bis)
que nadie muere por otro (bis)”*

Sin plasmar trazos estratégicos, el congo se transformó en el supremo emblema del carnaval barranquillero. Mirtha Buelvas,

psicóloga social y antropóloga, opina: “El disfraz de congo cuenta con mucha vistosidad y tiene una gran belleza desde lo plástico y lo estético. Es una pieza de arte popular”.

A esta definición puede sumarse que a los congos de antaño no se les apagaban los bríos con ninguna amenaza. Es sabido que pese a toques de queda o diversos problemas sociopolíticos, generadores de violencia, se atrevían a salir a las calles irradiando su pasión por el Carnaval, que les permitía vivir en un estado de gloria permanente.

Con la confianza de que su ayer y su hoy les garantiza un mañana,

los congos mantienen su identidad en el carnaval. Por ahora, las nacientes generaciones cuentan con la oralidad de personajes como Alfonso Fontalvo, quien lleno de orgullo exhibe en el museo rebolero la espada que alguna vez blandió su bisabuelo Elías en la Guerra de los Mil días defendiendo al partido Liberal.

Tiempo después, aquel combatiente prefirió cautivarse con las metáforas del Carnaval de Barranquilla. Propios y extraños siguieron contribuyendo a que germinara un campo de folclor que jamás ha experimentado sequía y que la Unesco terminó considerando Patrimonio de la Humanidad. ■